

¡Vislumbren al fin en el degolladero, a los que por creerse justos, cayeron en la red del coloquio miserable e incontenible como en los días que la juventud nos asediaba!

Este es el lamento arcaico e insulso inquiriendo por encima de los que disimulan su condición; es mejor la corrupción espiritual que estar a mitad de camino entre las fauces carnívoras y la benevolencia.

Esa cuota feroz por la que corremos detrás junto a nuestros enemigos, es solamente puro ejemplo y nada más... ¿Acaso, no nos dimos cuenta, que hemos creído que siendo, ¡somos!?

Impávidos entonces advertimos que sin excepción, hemos venido por lo que nos toca, de algo que no existe.

Todas las formas que nos llevan con tanta ligereza a especular de esta manera, a intentar querer creer, a sentirnos seguros, y que al fin, todo signifique un acto intrascendente, funcional; el hundimiento inevitable de cada centímetro del alma, muestra un modelo que sólo discrepa y critica porque ha fijado ya, qué nos convendría ser en este mezquino desierto inconsistente de la mediocridad. Decir que sus carcajadas de represión nos alivian de la estúpida sensación de haberlos oído, sigue siendo ridículo.

Un juego de los que manifiestos por la Palabra, soslayan todo por los pasos enfermizos de algunos nuevos exegetas que latentes por merecer sus nombres noveles, se derrumban en una depresión posesa tan prodigiosamente inmoral, que cada pensamiento es una broma repetida hasta el cansancio.

¡Ay, si de una vez, dieran perpetuamente el argumento esperado en este límite dramático...! Los que mutan por ahí, detrás de filas enormes de ideales inútiles, no lo harían; y la verdad no se resignaría como alarde de señoronas confesas en la tertulia, ser promiscuas en cuanta oportunidad se les presenta.